

# LA MALA IMAGEN DE REAGAN

EDUARDO HARO TECLEN

**E**S difícil llegar a comprender cómo los Estados Unidos consiguen siempre encontrarse en el lado malo de la política internacional, desde el punto de vista de una opinión pública casi universal; independientemente de sus razones, obligaciones o necesidades. Vivimos cada vez más en un mundo de imágenes; los Estados Unidos, que tienen a su disposición toda clase de técnicas de propaganda y difusión, y una profunda sabiduría teórica en la creación de la imagen, no aciertan con la suya. En el momento preciso en que vivimos hay un hecho muy concreto: la URSS ha sabido presentar una imagen mejor que la de los Estados Unidos. Está representando el papel que el público del mundo —sobre todo, el de Europa— está queriendo ver: el de quien quiere negociar, discutir, hablar, presentar y aceptar propuestas: reducir las armas, reducir las tensiones. Y los Estados Unidos asumen una vez más el papel del malo de este gran melodrama: la vuelta al rearme, a la tensión y al dramatismo. No trato ni mucho menos de decir que los Estados Unidos constituyen una nación belicista y que la URSS es pacifista. Los matices son más amplios y al mismo

tiempo más delicados. Ninguno de los dos países —de los grupos dirigentes en cada uno de ellos— desea la guerra; los dos saben sobradamente que hoy no hay guerras limitadas entre ellos, ni convencionales, y que un estallido sería probablemente definitivo. Pero los Estados Unidos representan el papel de que para preservar la paz hay que llevar las tensiones al máximo, hay que aceptar la idea de la guerra posible, y la Unión Soviética no. Y cuando Brejnev acusa, como lo ha hecho, a Reagan de conducir una «política de cow-boys» está coincidiendo con la opinión que domina no sólo a Europa, sino que se va extendiendo dentro mismo de los Estados Unidos.

Brejnev propone, de una manera espectacular, una especie de dilema: va a congelar por sí mismo —una decisión unilateral— el despliegue de los misiles SS-20 al oeste de los Urales, en dirección a Europa. Si Reagan no considera esta acción y continúa adelante con su proyecto de instalación de misiles equivalentes en territorio europeo —108 Pershing-2 y 464 Cruise, que estarían apuntando a la URSS en 1983 desde Bélgica, Holanda, Bélgica, Alemania del Oeste e Italia— la reacción de rearme de la URSS sería tal que no sólo Europa, sino el propio territorio de los Estados Unidos quedarían también suficientemente apuntados por las armas

nucleares soviéticas equivalentes. Amenaza con «una nueva situación estratégica». «Si los gobiernos de Estados Unidos y de sus aliados de la OTAN —dijo en su discurso del 16 de marzo, ante los sindicatos soviéticos— realizan de todas maneras, despreciando las aspiraciones a la paz de los pueblos, su plan de instalación de cientos de nuevos misiles en Europa capaces de alcanzar los objetivos situados en la URSS, podría surgir en el mundo una situación estratégica diferente que aportase una amenaza suplementaria real por parte de los Estados Unidos contra nuestro país y sus aliados. Esto nos obligaría a tomar medidas de respuesta que situarían de una manera análoga a la otra parte, comprendiendo directamente los Estados Unidos y sus territorios.» ¿Qué significa esto? Según algunos la instalación de misiles soviéticos en territorio americano: en Cuba, en Nicaragua —el Departamento de Estado ha respondido ya a esa eventualidad advirtiendo que se produciría una situación gravísima—; según otros, la continua amenaza sobre el territorio de los Estados Unidos por parte de submarinos soviéticos portadores de misiles.

La respuesta inmediata de Reagan ha sido «no». Nada va a interrumpir su rearme: nada le va a forzar a negociar sobre bases que no acepta. El punto de vista del Pentágono es,

## LA MALA IMAGEN DE REAGAN

como se sabe, que los SS-20 soviéticos han roto ya el equilibrio, y que la única forma de restablecerlo es rearmando a Europa. Dice Washington que los misiles soviéticos de triple cabeza nuclear apuntando a Europa no tienen equivalente occidental: hay en estos momentos 300 misiles, por lo tanto 900 cabezas nucleares dispuestas a estallar. Y, además, que la frase «al oeste de los Urales» indica que al este se pueden seguir instalando esta clase de armas... El duelo de la estrategia verbal está situado desde hace tiempo en esta disparidad: para los soviéticos, sus cohetes son simplemente una defensa frente a las bombas nucleares situadas en aviones y submarinos de la OTAN, a las que añade las bombas «particulares» de Francia y de Gran Bretaña; para los americanos, son una rotura de equilibrio. Sólo acepta Washington suspender su plan de los euromisiles a condición de que los soviéticos no sólo congelen sus instalaciones, sino que desmantelen las actuales. Es lo que Reagan llama «opción cero».

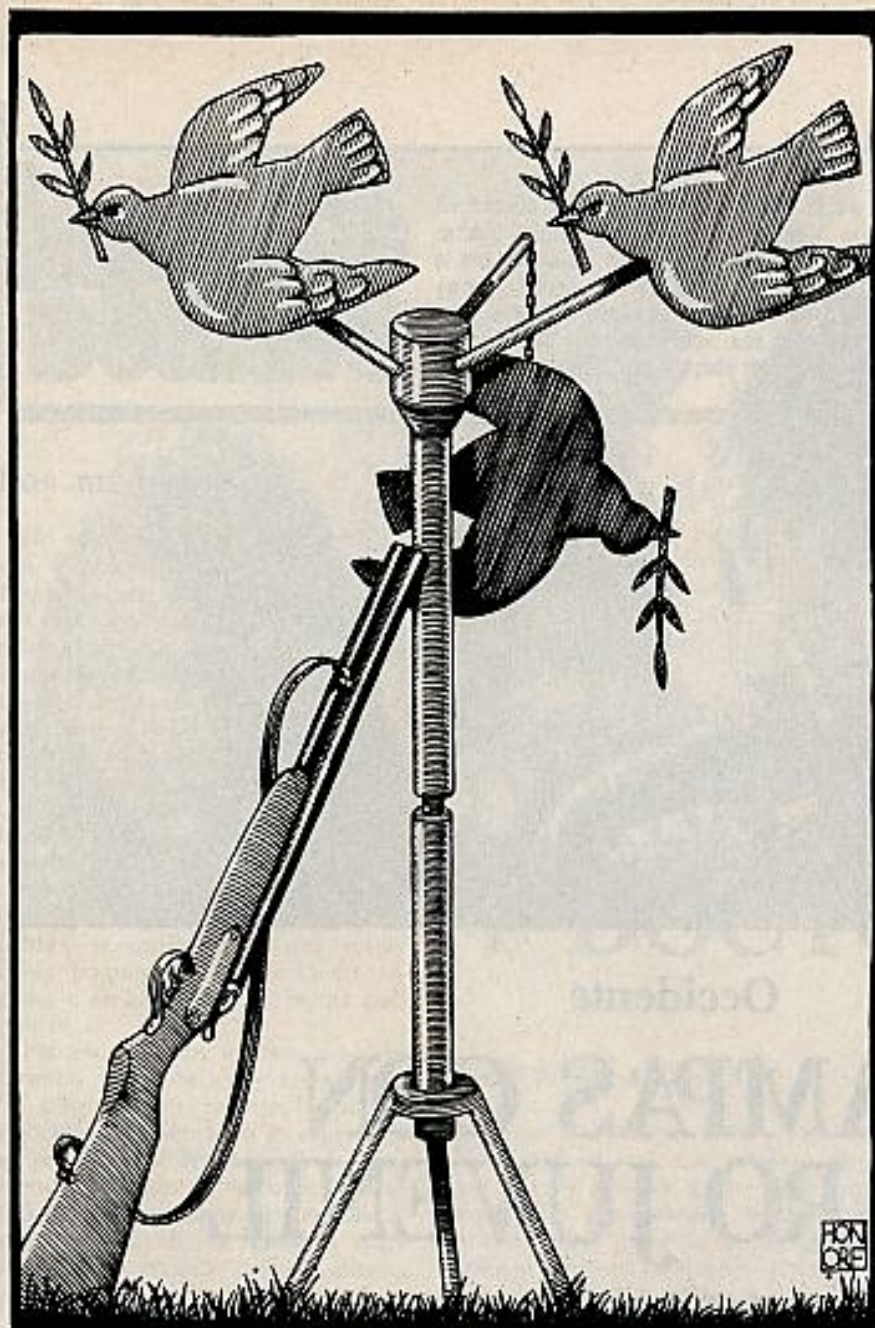
El tema es difícil de calibrar con realismo porque las cifras de arsenales propios y ajenos varían enormemente según las fuentes: la verdad se ha perdido en ésta como en tantas otras cosas. Pero nada impide que haya una proyección de un Brejnev pacifista y un Reagan belicista. Reagan aparece como responsable de la suspensión sin resultados de la Conferencia de Madrid, de haber convertido un instrumento para el entendimiento paneuropeo en un tribunal de acusación contra la URSS; aparece como responsable de la suspensión de las conversaciones de desarme en Ginebra. Y mientras acusa a la Unión Soviética de intervención en Polonia y en Afganistán, perpetra una de las más odiosas intervenciones en los últimos años, la de Centroamérica. El apoyo a la Junta de El Salvador y las amenazas directas contra Nicaragua suponen el error más grave de la «política de imagen» de los Estados Unidos. Hay todavía en el mundo, y puede durar aún mucho tiempo, un cierto estado de conciencia que repudia cualquier clase de opresión. La de Polonia ha creado unas respuestas muy contundentes —dentro de las posibilidades que tienen las opiniones públicas— y hasta unos castigos para quienes la amparan: la pérdida de puntos del partido comunista en Francia tiene mucho que ver con esa opinión. Pero estos juicios matizan, comprenden y equilibran, y nadie es capaz de comparar seriamente la clase de dictadura que sufre Polonia con las matanzas diarias de El Salvador, o con lo que Nicaragua representa de reacción a una de las más crueles tiranías de este siglo —que tan abun-

dantes son—, la de Somoza y sus acólitos y continuadores.

La opinión pública tiene la capacidad suficiente como para admitir que el sistema político de la Unión Soviética, tal como se ha desarrollado desde 1917 hasta nuestros días a través de una serie de avatares mundiales y de un juego interno para obtener el poder es un sistema de opresión; en una inmensa mayoría lo repudia. Pero le es mucho más difícil admitir que el sistema de los Estados Unidos, a partir de la Declaración de Independencia y de los primeros textos sobre Derechos Humanos no supongan la otra cara de la opresión, la garantía de las libertades y el intento de humanización de la política, sino que en muchos extremos pueda resultar una opresión o una ayuda a las opresiones más graves aún que las que ejerce la URSS sobre sus ciudadanos. En la historia ha sucedido ya esta contradicción numerosas veces, y todas han tenido una respuesta negativa por parte de la opinión, incluyendo desde luego la propia opinión de los Estados Unidos, como sucedió en la guerra del Vietnam. Algunos presidentes de los Estados Unidos —y un presidente es quien da la imagen— han conseguido con más o menos éxito la operación de propaganda y envoltura suficientes como para dar a esas acciones un carácter liberador. Se inventó la expresión «mundo libre», y sirvió durante algún tiempo; sobre todo sirvió en una época en guerra fría en la que opinar lo contrario podía estar suficientemente castigado, y en la que la imagen de la URSS era Stalin, que no podía producir ningún enternecimiento. Ya no es así. El sistema comunista está suficientemente repudiado hoy por los resultados que ha obtenido su parálisis a partir de un momento en que llegó a un punto culminante en su progreso, y a partir del cual comenzó a retroceder— y no solamente en la URSS sino en países de historia, tradición, economía y carácter nacional muy distinto. Nadie trata de ensalzarlo frente a otros sistemas u organizaciones de vida en Europa. Pero se trata precisamente de lo contrario: de mostrar el valor de la alternativa actual. Si la alternativa actual produce situaciones como la de Turquía, Chile, Argentina o Uruguay, y conflictos sangrientos como los de El Salvador o Guatemala, y trata de ahogar con todas sus fuerzas experimentos que podrían ser válidos como el de Nicaragua, deja de suponer una verdadera alternativa: deja de ejercer su atractivo. El mundo se ha venido instalando en una serie de proyectos de convivencia y de respeto a los derechos humanos que se fomentaron y oficializaron después de la II Guerra Mundial y que parecieron sentar

jurisprudencia en la Carta de San Francisco y en la larga y didáctica sentencia de Nuremberg. Es una filosofía política que ha aceptado sin ninguna duda, y que es la que le opone hoy a la URSS y otras formas fallidas del comunismo. No se le puede convertir en otro mal, ni siquiera considerarlo un mal menor. Cualquier ciudadano del mundo a quien se le diera hoy a elegir entre convertirse en ciudadano polaco oprimido o ciudadano salvadoreño oprimido, elegiría la situación polaca sin el menor género de dudas.

Pero ya se sabe que la conciencia política no suele ser muy valiosa si no va acompañada de una experiencia personal más o menos dolorosa. La experiencia personal de los ciudadanos de occidente, incluyendo los de Estados Unidos, es la de que la política de Reagan les aproxima a una guerra y la política de Brejnev les aparta de ella; sea cual sea la injusticia real de esta proposición. En Europa esa sensación es mayor. Sin contar su agitado y desgraciado fondo histórico de siglos, ha servido en éste para dos guerras mundiales terriblemente destructoras, que le han hecho perder lo que creía que era su función en el mundo. Tiene una gran sensibilidad para detectar la posibilidad de una tercera guerra en su propio territorio. Reagan comete el funesto error de adoptar esa imagen. Como todos los totalitarios —y él lo es como puede, y hasta donde la Constitución se lo permite— imagina unos pueblos místicos y transidos de heroísmo, que son capaces de dar la vida por evitar la llegada de la opresión y la pérdida de las libertades. Probablemente es así, y ha habido algunas demostraciones recientes: el pueblo español fue el primero que se lo jugó todo para no caer en el fascismo —aunque lo perdiera, y lo siga perdiendo— y los pueblos de Europa libraron una guerra ideológica, una guerra civil continental, entre 1939 y 1945. Percibían suficientemente cual era la imagen de Hitler en aquel momento. Pero no perciben esa sensación ahora. Es muy difícil que se consiga hacer ver hoy la imagen de una URSS amenazadora y devoradora, como podía presentarse en la época de Stalin, cuando lo que se ve es una potencia a la defensiva, que ha ido perdiendo en los últimos años de su historia toda su capacidad de expansión —la pérdida de China, la de los comunismos occidentales, la sublevación de las democracias populares— y toda posibilidad de evolución dentro de lo positivo. Brejnev no da, por mucho que se haga, la imagen de un Hitler o de un Stalin de nuestro tiempo; Reagan sí la da, por muy injusta —repito— que esta imagen pueda ser. El europeo está perci-



biendo directamente unos males que proceden de los Estados Unidos: desde su propio estado financiero —el dólar está exportando su inflación a las otras monedas aliadas— hasta su economía general —el alza del petróleo le aparece como consecuencia directa de la política de Estados Unidos en Oriente Medio—; ve sus presupuestos comidos por el esfuerzo militar que ordena Washington, y sus posibilidades comerciales con la URSS cada vez más limitadas por la presión de Reagan y su política de sanciones. No es difícil suponer que se está atribuyendo a los Estados Unidos el paro obrero que se extiende sobre la comunidad y una serie de situaciones indeseables, como la del Irán, que repercuten sobre la vida diaria. Europa está respondiendo con unas elecciones que se van inclinando hacia la izquierda.

El punto que parece en estos momentos como de mayor interés es el de la pérdida de imagen del propio Reagan en los Estados Unidos. Pierde

puntos cada día; ha perdido ya un porcentaje muy elevado desde el momento de su elección. Hay razones de política exterior bastante claras, que le llevan a un enfrentamiento casi permanente con el Congreso. El Congreso —la Cámara de Representantes y el poderoso Senado—, a pesar de todas las maquinaciones y todos los juegos políticos que cualquiera conoce —simplemente, por la frecuentación del cine producido por los propios Estados Unidos— es una representación bastante aproximada de la opinión pública, y los congresistas saben que en este año se enfrentan con las elecciones de «medio término» —que renuevan parte de las cámaras y de los puestos de gobernador— y que la fluctuación de votos puede arrojarles a la nada. Entre las captaciones de opinión que hacen los congresistas no están sólo los temas de política interior sino los de política exterior, que en Estados Unidos se confunden más que en otro país cualquiera —es una cuestión de los Imperios— y la política

exterior de Reagan no está gustando. Si Europa comenzó unos pacifismos fuertes —y sus políticos están muy al tanto de ello, en los lugares donde aún se cree en que los votos son determinantes—, en Estados Unidos llega ya el olor de guerra: de una guerra como la del Vietnam —en Nicaragua, en El Salvador, en Guatemala—, cuyo recuerdo aterroriza a todos; y la frase de Brejnev les recuerda a punto que una guerra general no va esta vez a respetar su territorio, como fue su privilegio en las dos grandes guerras en las que intervino en este siglo. Edward Kennedy ha tomado ya la antorcha de este movimiento, que podría ser la de su campaña electoral en 1984 —si llega a ella, si traspasa las barreras del partido—, pero que antes de esa fecha puede convertirse en un gran movimiento nacional.

Por el momento todavía parece que una gran parte de la opinión pública de Estados Unidos sigue considerando como cobardes ignorantes a los aliados europeos que en lugar de reconocer la protección de los Estados Unidos, sin los cuales estarían ya bajo la órbita de la URSS —es una suposición naturalmente errónea, pero que todavía representa un papel— rehúyen el esfuerzo de guerra o por lo menos la entereza necesaria para castigar a la URSS por su acción en Afganistán, o para recuperar una Polonia que a todas luces quiere tener el sistema de vida que considera mejor, y que es un cierto occidentalismo, o quizá un neutralismo como el de Austria, Finlandia o Suiza. Pero poco a poco se va configurando la imagen de que la aventura de Reagan está llevando a país a un futuro sin muchas salidas, y que lo que tiene que intentar Estados Unidos es una concreción del «mundo libre» que no sea solamente un recurso semántico, sino una realidad. La política de Reagan es demasiado antigua: está tratando de reparar lo que ya no funcionó en la larga época de Eisenhower, y recuperar la tensión parafascista que despertó el senador McCarthy. No corresponden al mundo de hoy.

Algunos están viendo ya que Reagan da vagos pasos hacia atrás con respecto a su propia doctrina. Eso no hace más que ocasionarle nuevas pérdidas en los porcentajes de opinión.

El problema, evidentemente, es el propio Reagan. En una prudente prospección del futuro podría imaginarse que Reagan no va a representar un papel determinante en las elecciones de 1984 —y su edad tampoco se lo va a permitir—: podría encontrar una salida digna que permitiera a los republicanos lanzar al combate otro candidato. O se expone a una derrota. ■ E.H.T.